

ESE CHICO QUE ME MIRA

Antonio Pereira

A CUALQUIER autor le ocurre, es una ansiedad al desenvolver el primer ejemplar de su obra, visto para sentencia, que el editor acaba de entregarle. Para la cubierta de este libro el señor portadista ha elegido varios motivos, sin duda en consonancia con la diversidad que hormiguea en toda la colección de relatos: un rostro de mujer pasado por la quimera de Hollywood; la figura sedosa y sicalíptica de un cuerpo femenino; algún objeto trivial como de tienda de electricidad o ferretería... Lo comprendo. Lo asumo. ¡Pero ese adolescente oscuro que no quiere salirse ni entrar del todo en el cuadro, que está y no está y me mira con un leve fruncimiento de pedantería! Le veo una cara conocida, aunque lejana. El pelo negro, tributario de una buena pasada de brillantina. La mano ostensible, que acaso conservará larga y afilada cuando su piel haya sufrido la usura de los años y sea transparencia atarecida del hueso. No sé bien si a ese mocete que ahora regresa a mi conciencia lo quiero o si todavía entre él y yo queda pendiente un ajuste de cuentas.

Escribo un cuento cuando alguna obsesión me ha crecido hasta lo insufrible. De los maquinistas del tren me turbó siempre una cortesía que pocos conocen, el silbido llamado "toque de obispo" con que saludan al acercarse a las ciudades que tienen mitra y no tienen gobernador civil. Con este rito casi secreto he urdido la primera de las narraciones, y aún me faltó poner que los ferroviarios cenetistas no dejaron de respetar el curioso código durante la República. "La República no era tan mala" es título de otra de las piezas, pero luego el narrador actante se hace requeté, hay que comprenderlo, la ficción transcurre en una ciudad del occidente peninsular, invernal y romántico, donde leer a Valle es soñar con la corte de Estella. En la villa noroestina que decimos, no había una Niña Chole, y menos en su barrio extremo que llaman "la Cábila". Había en la villa, esto sí, una viuda tirando a mulata, y la muchacha de boca ardorosa incompatible con las advertencias de un polvorín, y en lugar cercano una mozuela a la que rondar si uno tenía bicicleta, que podía ser prestada: la Orbea del coadjutor. El mundo de los viajantes de comercio también proporciona bonitas historias, y hay lances con un pintor de fama y un cura santo que guardaba un pistolón de mucho calibre.

Pero vuelvo a la fachada del libro. Me sigue inquietando la mirada de ese personajillo esquinado que parece creerse protagonista, testigo, incluso autor de *Cuentos de la Cábila*. ¡Jodido chico!

ANTONIO PEREIRA